

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo VI



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1970

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1969, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
ESTUDIOS	
La descripción del Monasterio de El Escorial, por <i>Paulo Morigi</i>	15
Madrid en las páginas de un humanista portugués, por <i>Giuseppe Carlo Rossi</i> ...	23
Juramentos de príncipes herederos en Madrid (1561-1598), por <i>María Cristina Sánchez Alonso</i>	29
Algunas noticias sobre pintores cortesanos del siglo XVII, por <i>José M.ª de Azcárate</i> .	43
Apuntes sobre acotaciones musicales en los autos de Calderón, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	63
Relación anónima del incendio del Monasterio de El Escorial en 1671, por <i>Gregorio de Andrés, O. S. A.</i>	79
Fraude en el puente de Toledo (1673-1680), por <i>M.ª del Carmen Pescador del Hoyo</i> .	85
El Palacio de Monistrol. Biografía de un mayorazgo madrileño, por <i>José María Sanz García</i>	115
Documentos sobre escritores de los siglos XVI y XVII (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	161
Algo más sobre el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Vicente Palacio Atard</i>	253
Un reglamento educativo de 1701 del Colegio de San Ildefonso, por <i>José del Corral</i> .	277
Una visión crítica del Madrid del XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	299
Noticia bibliográfica de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	319
Madrid, Felipe V y los toros, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	351
Problemas de policía urbana madrileña en el pasado, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	375

Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	385
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	397
El Instituto Español.—Sus orígenes (1838-1853), por <i>F. Zamora Lucas</i>	417
Los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	441
Dos directores musicales madrileños: Ricardo Villa y Emilio Vega, por <i>José Subirá</i> .	465
Elucidario de Madrid por Ramón Gómez de la Serna (Fragmento del libro «Ramón Gómez de la Serna, en sus obras»), por <i>José Camón Aznar</i>	475
Informe sobre instalaciones deportivas municipales, por <i>Antonio Aparisi</i>	483
Pasos a desnivel y estacionamientos subterráneos en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	493

MEMORIAS Y RECUERDOS

Noticias y anécdota de los cafés madrileños, por <i>Juan Sampelayo</i>	507
---	-----

TEXTOS

Doce relaciones poéticas de sucesos ocurridos en Madrid y su provincia en los años 1649-1687, edición de <i>José Simón Díaz</i>	531
--	-----

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	601
--	-----

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía de Madrid y su provincia, por <i>José Luis Oliva Escribano</i>	621
--	-----

UNA VISION CRITICA DEL MADRID DEL XVIII

POR ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

La Historia no se hace sólo en los archivos. Hay perdidos en nuestras bibliotecas impresos que son más raros que muchos manuscritos, y yo quisiera con estas líneas llamar la atención hacia un libro casi desconocido que tiene un gran valor para conocer la vida madrileña en los años finales del reinado de Felipe V, es decir, en una época mal conocida y peor estudiada. No me atribuyo el mérito de haberlo descubierto; hace ya tiempo que el autor y su obra fueron dados a conocer por dos compatriotas suyos, dos canarios ilustres, Millares Torres y Millares Carlo¹, cuyas noticias aprovecho en esta corta semblanza biográfica.

Don Cristóbal del Hoyo Sotomayor nació en Tazacorte, pequeña localidad de la isla de La Palma, el 31 de diciembre de 1677. Sus padres fueron don Gaspar del Hoyo, caballero de Calatrava, capitán general que fue de Nueva Andalucía y marqués de la Villa de San Andrés (título que heredó su hijo), y doña Ana Jacinta de Sotomayor. Don Cristóbal, después de hacer breves estudios en su isla natal, realizó dilatados viajes por Europa, que influyeron decisivamente en su formación: Italia, Francia, Inglaterra, Países Bajos... Regresó a Canarias en 1716, sin duda ya con ideas avanzadas que causarían escándalo aun en aquella sociedad relativamente abierta por la presencia frecuente de extranjeros. La animadversión del obispo y un asunto turbio de matiz erótico lo llevaron a una prisión, de la que se evadió en 1732. Se refugió en Portugal durante algunos años y luego contrajo matrimonio con doña Teresa Margarita Suárez de Deza, de noble familia gallega. Con ella llegó a Madrid el 4 de diciembre de 1736. Frecuentó la alta sociedad,

¹ A. MILLARES TORRES: *Biografías de Canarios célebres*, I, págs. 121-175; A. MILLARES CARLO: *Ensayo de una Bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, Madrid, 1932, págs. 239-245.

e incluso la Corte, a donde su nacimiento le daba entrada. Después de unos años que pueden suponerse felices, se acumularon los desastres: murió su mujer, fue procesado por la Inquisición y condenado a retractarse en 1749. El año siguiente regresó a Canarias con su hija, único fruto de su matrimonio. Allí le aguardaban nuevas contrariedades, porque no era hombre capaz de callar por prudencia o fingimiento; ya en el ocaso de su vida fue de nuevo preso por la Inquisición en 1759 y condenado en 1761 a reprensión y prohibición de escribir. Poco después, el 29 de noviembre de 1762, murió en La Laguna.

El marqués de Villa San Andrés dejó dos obras, ambas extraordinariamente raras: un volumen de *Cartas a diferentes asuntos...*, sin pie de imprenta, prohibida en el Edicto de 1741, y la que ahora vamos a comentar, titulada *Carta del marqués de la Villa de San Andrés y vizconde de Buen Passo respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la Corte de Madrid. Dada a luz por el muy reverendo padre fray Gonzalo González de la Gonzalera*². El contexto material de la obra es tan estrafalario como debía ser su autor; aparte de la incongruencia de llamar carta a un volumen de 600 páginas, no tiene división en libros ni capítulos, pero pueden distinguirse tres partes; la primera es la de mayor interés, y en su mayor parte se refiere a Madrid y los Sitios Reales. La segunda contiene una serie de disertaciones teológicas pesadas, sin fuerza satírica ni vigor costumbrista; se abre en la página 341 con una proposición en la que, de forma indirecta, califica de injusta la doctrina (perfectamente ortodoxa, sin embargo) que hace depender el destino de un alma exclusivamente de su situación en el momento de la muerte, cualquiera que haya sido su actuación anterior, y continúa disertando contra la acción demoníaca, asegurando que en la mayoría de los casos se trata de meras ilusiones; para él, las tentaciones son meros fenómenos orgánicos, como lo demuestra que, conforme avanzan los años, cuando el demonio debía redoblar los esfuerzos para asegurar su presa, los hombres se hacen más devotos y menos livianos. «No hay otro diablo que faltarnos las fuerzas en la vejez» (pág. 371). La tercera parte, desde la pág. 543 hasta el final, son versos de muy escaso mérito.

El volumen carece de año y lugar de impresión. El prólogo está fechado en 1740. En la pág. 75 el autor dice que ha pasado ya cinco inviernos en Madrid, lo que nos lleva al año 1741; pero la suscripción final reza así: «Madrid, a cinco de diciembre de 1745», lo que hace suponer que la com-

² He examinado el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, único que conozco. Tiene en su segunda parte acotaciones con lápiz, que parecen bastante antiguas, y de alguien que, cotejándolo con el original, notó las partes que faltaban.

posición de la obra duró varios años y que se imprimió, lo más pronto, en 1746, lo que concuerda con el hecho de no haber sido prohibida por la Inquisición hasta 1749. Carece de aprobaciones y tiene todas las trazas de ser una impresión clandestina. ¿Por qué, entonces, el autor no se escudó en el anónimo? ¿Cómo no previó los sinsabores que su publicación le acarrearía? Pues además de tratar a todos, desde las más altas autoridades a las clases más bajas, en un tono de zumba impertinente y crítica irrespetuosa, los miembros del clero fueron blanco especial de sus dardos, por lo que no es de extrañar que el dominico fray Luis Izquierdo, en su censura del libro, dijese que era «de los más perniciosos que se han dado a la imprenta..., lleno de proposiciones temerarias, escandalosas, impías, ofensivas de los piadosos oídos, blasfemas, erróneas y heréticas». Esta última expresión parece demasiado fuerte. El marqués en ningún momento quiere aparecer como irreligioso; censura precisamente lo que le parece incompatible con la dignidad de la religión y de sus ministros; frecuentaba las iglesias y rezaba el rosario en su casa. Lo que sí se encuentran en sus escritos son frases irreverentes y algo volterianas, parecidas a las que años después se acriminaron a Olavide; por ejemplo, compara (pág. 204) lo mal que se guardan los domingos en España con lo que vio en Londres o Amsterdam. La descripción que hace de los ejercicios espirituales que hizo con los jesuitas en Alcalá de Henares es un poco chusca. Le enseñaron las Sagradas Formas incorruptas y no cree que ello constituya un milagro. «De aquí a doscientos años todos hemos de ser de corona o barrenderos en los refectorios», dice en otro lugar (pág. 223). Algo después pinta el hogar de un cura gallego, con una buena casa, «una muger que no es mala, un sobrino heredero suyo, mucha plata labrada, buen chocolate, mejor mesa y un pedazo de tertulia con unos frailecitos de pescuezo rubio y de oreja colorada» (pág. 226). Algunos dirán, alega: «que bien se deja conocer que estuvo en Inglaterra», pero él protesta que sus críticas están movidas por el celo de la Iglesia, amenazada de una ruina como la que acaeció en el Norte por el demasiado apego a las riquezas.

El mismo espíritu de crítica acerba, sarcástica, con ribetes quevedescos, emplea en su descripción de escenas y tipos madrileños; en sus términos de comparación aparecen continuamente, de un lado, sus reminiscencias canarias, el cotejo con Güimar, Telde, La Laguna o Garachico; de otro, el recuerdo de las urbes europeas en las que había vivido. Evidentemente, su relato, aunque sea verdad, no es toda la verdad; pero su pesimismo forma un contrapunto útil e instructivo a las hipérboles de Núñez de Castro y otros entusiastas.

Por lo pronto, niega que Madrid fuera tan grande como ponderaban sus vecinos. Según la *Guía de los Forasteros*³, tenía 8.099 casas y 110.641 almas de comunión, más los párvulos, religiosos, hospitalizados, etc. De todas maneras, mucho menos que París, Constantinopla, Nápoles o Londres. De lo que sí había muchedumbre era de forasteros y extranjeros (70.000 calcula, con exageración evidente). Esta población flotante pertenecía a las más diversas categorías: pretendientes, pleiteantes, amoladores, «que con sólo el sutil grosero afán de amolar cuchillos y tijeras garra cien doblones uno de estos en dos años; a cuya cucaña vienen otros vendiendo polvos, estampas, pitos, alfileres, etc. y andando a la hormiga así, rotos y despedazados, llevan el dinero y hacen burla de nosotros» (pág. 12). En otro lugar evoca el incesante trajín de las calles de Madrid: «recuas de mulas, machos, borricos con cal, arena, piedras, palos, trigo, harina, carbón; carros con bueyes, hombres con sacos de aceite, sillas de manos, esportilleros con inmensas cosas, mujeres y hombres del campo con cuanto traen a vender...» (pág. 78).

El clima de Madrid, con sus violentas alternativas de frío y calor, de lluvia y de polvo, tampoco merece su aprobación. Advierte que no puede asustar el frío del invierno madrileño a quien, como él, ha experimentado los de «Londres, París, Bruselas, Liege y Absterdam» (sic). Lo que le molesta es su larga duración⁴, pues dura de octubre a mayo. La indumentaria y la tapicería de las viviendas se ajustan a un calendario riguroso; los tapices se cuelgan y descuelgan cada seis meses; las pesadas faenas de estero y desestero también tienen fechas fijas, lo mismo que la época de cambiar de traje. «El año pasado en octubre, en Balsaín, hacía un frío que pelaba; y con espanto observé que todo el mundo lo sufría sin quejarse, vestidos de feligrana unos y de hojas de yedra otros porque estaban aún las velaciones por abrirse» (pág. 76).

El marqués de Villa de San Andrés estaba en completo desacuerdo con la frase «Sólo Madrid es Corte». No le parecía tener aire de Corte ni por sus calles, ni por sus costumbres, ni por sus monumentos, ni por su gente.

³ No expresa a qué año se refiere la guía que aquí cita. María Carbajo Isla dice que las anteriores a 1740 no contienen datos demográficos (*Primeros resultados cuantitativos de un estudio sobre la población de Madrid, 1742-1836*, «Moneda y Crédito», n.º 109). Ignora si se publicaron las Guías de 1740, 41 y 42. Los datos de la *Carta...* deben corresponder a uno de estos años, posiblemente el de 1740. Los datos que consigna son: 3.658 nacimientos y 2.402 defunciones (sin incluir los hospitales).

⁴ La larga duración de los inviernos madrileños en esta época está en relación con el más rudo clima del siglo XVIII, comparado con el nuestro, hecho que, para la Europa Occidental por lo menos, puede considerarse definitivamente demostrado (E. LE ROY LADURIE: *Histoire du climat depuis l'an mil*. París, 1967).

París sí que merece el nombre de Corte, porque allí «en cada esquina hallará una diversión, en cada balcón una dama, seis mil en cada jardín y en los paseos, que sólo en coche son..., sin que te pregunten dónde vas, ni te examinen quién eres, ni en Pascua Florida te pida el cura la cédula de confesión» (pág. 4). Por el contrario, el pueblo madrileño le parecía «el más bárbaro y el más idiota que, proporcionadas las circunstancias de Corte tal, he visto yo»; lo que atribuye: primero, a la variedad de gente de tantas naciones, que suelen ser la hez y nos pegan sus costumbres; segundo, a que «los españoles por lo general somos desaseados, jactanciosos, pródigos, flojonazos, desplicentes y sobremanera vanos», y lo tercero, porque ven que es más fácil y provechoso robar al prójimo que estudiar (pág. 12).

No podían faltar las alusiones a la increíble suciedad de las calles del Madrid filipesco, y lo hace con una crudeza digna de la más leída novelística actual. El *rocío* que llovía de las ventanas al grito temeroso de *jagua va!* es nombrado con todas sus letras y hasta en mayúsculas. Los madrileños se disculpaban diciendo que el aire de la Villa es tan sutil que en cuanto las malolientes sustancias son arrojadas se descomponen y no hieden. ¡Falso! «Hiede y rehiede que es un juicio; y tan líquida o cuajada se mantiene hasta que los carros la echan fuera o la deshacen los coches como la parió su madre» (pág. 77). «Este horror, esta porquería, que sin dificultad se podría quitar, no se quita porque hay 80.000 ducados para esta limpieza, en que muchísimos se empuercan.» Estaba mandado que no se arrojasen antes de las diez de la noche, pero la orden no se respetaba. «Si no avisan, vino de repente el tabardillo y lo cubren a uno de m..., y si avisan, no comprendiendo un triste la voz alegre que de más allá del cielo viene, suele brincando desdichas arrimarse más al precipicio... Cóntame una cantidad de acontecimientos lastimosos motivados de esta práctica afrentosa. Uno te diré por muchos. A un caballero, cadete en las Guardias de Corps, le quitaron la banderola con desaire porque, bien ardiente y bien cagado, subió la escalera a las cuatro de la tarde, forzó la puerta y dio unas cuantas bien merecidas patadas a una moza de cocina que le había echado un bien prevenido bacín, de tres días recaudado.» Y no era éste el único peligro: «Hay unas canales largas con que desde las cocinas arrojan a media calle, envueltas en agua de fregar, las últimas porquerías de las casas, y esto sin la virtud amonestatoria del *jagua va!* De suerte que suelen caer encima de los coches muchas veces, y si los vidrios van abiertos pueden sin maleficio entrar dentro.»

«Para limpiar estas calles paga esta Villa 132 carros podridos, que 264 matadas mulas arrastran, y por más que sin cesar cruzan continuamente,

como el pueblo es grande suele cada enjuagadura tocar tarde a cada calle. Infiere de aquí, como estarán considerando: que hay casas de cinco altos y de cinco vecindades cada casa. Por cuyo verter de porquerías hay una valla de m... al medio de muchas calles que no se puede saltar con lanza de quince pies. Para llenar estos carros, que esta horrura llevan fuera, van juntando con 24 escobones otros tantos hombres estas porquerías, las que a fuerza de agua se liquidan para que de calle a calle o de pared a pared la junten haciendo ruedo; y adonde es llana la calle, que casi todas lo son, y hace mareta la señora m..., la van arrastrando con unos palos atravesados de los que tiran dos mulas y en los que van subidos hombres de pie, siendo pilotos y sirviendo de lastre de aquel fluctuante vagel en mar de m... engolfado. Esto es lo que llaman *la marea de Madrid*. Y para gozar de esta función tan olorosa y tan divertible a los sentidos todos, hay mujer que convida a sus amigas y toman chocolate en los balcones» (págs. 82-83).

Las quejas por la contaminación del aire de Madrid no son de hoy: «Estos continuos efluvios de la continua horrura de las calles nigrécen la plata de tal suerte que parece hierro en pocos días. Así, las lámparas, los espadines, las hebillas y todo lo que todos los días no se friega. Y también hacen pálidos los rostros, que parecen éticas las mujeres por lo general..., consolándose con decir que *aquel color es moda...* Hago memoria que cuando habla mucho una mujer dicen comúnmente *esta maldita marea*. Y siempre juzgué que eso se decía con alusión a las fatigas del mar. Mas desde que estoy aquí he reconocido que lo dicen por la marea de Madrid. Ibamos una tarde tres amigos, a quienes dio por las barbas la marea, precisándonos a torcer la calle. Paróse uno y le dixe: ¿Qué demonios haces ahí? A que con gran donosura dixo: «Dexenme ustedes, que estoy contemplando estos señores, porque suelen, juntando dos mil pesos a este nobilísimo exercicio, descagarse las manos y las piernas, ponerse un Don y una cabellera, sacar los privilegios de Vizcaya, que traen al cuello en una bolsa, y con esa planta y los dos mil enmierdados pesos ponerse un hábito y sacarse un Gobierno; y quiero tomarles de memoria los semblantes para ver si veo alguno de éstos ir de corregidor a Canaria» (págs. 85-86). Pullas a los cocheros y lacayos asturianos, montañeses y vizcaínos que pululaban por Madrid, muy pagados de su hidalguía, no escasean en nuestros antiguos escritores, pero creo que ninguna tan sangrienta como ésta.

Puesto que el estado de las calles hacía incómodas las travesías a pie, ninguna persona de algún relieve podía prescindir de tener coche, a pesar de ser un lujo muy caro. El marqués supone que en Madrid habría dos mil

o dos mil quinientos ⁴. No era la solución ideal; la marcha en ellos resultaba incómoda, entre otras cosas porque el nivel de las calles no era horizontal, sino deprimido en el centro en forma de V para facilitar la evacuación de la *marea*, por lo que los coches marchaban inclinados, y el pésimo empedrado les hacía ir dando saltos. Abolida la pragmática suntuaria, que limitaba sus adornos, ya se veían muchos con libreas, y algunos tirados hasta por seis mulas.

Para los que no podían costearse coche propio, quedaba el recurso de alquilar uno. Los inconvenientes de esta solución son detallados así por nuestro autor: «Los que se alquilan, a quienes llaman Don Simón, cuyo bautismo tomaron del primero que fundó la orden rigurosa de alquilados, puesto que cuestan cuarenta reales por día, o sesenta pesos por meses cuando menos, son tan infames, tan desarrapados, tan flacas las mulas y tan borrachos los cocheros, que es entrar en ellos simonía. Y con tal desprecio se usa de ellos, que menos afrentoso es nadar en este golfo de basura, que pasar de un mar a otro embarcado en ellos. Son muy pocos, nadie va en ellos al paseo, sirven para visitas de señoras doñas Juanas, para bautismos de pobres, para enfermos, para forasteros que no saben dónde se han metido, para algunos que le precisan sus negocios en ocasiones que llueve y para otras aventuras de Venus o de don Quijote» (pág. 140).

Algo más adelante (pág. 143) relata el fracaso de un proyecto de un tal don Mauricio Aragonés para establecer, previo contrato de exclusiva con el Gobierno, un servicio de cuarenta sillas de mano de alquiler. Los porteadores resultaron informales y borrachos; entonces, el empresario trajo mozos del Final (Génova), pero ahora los abusos fueron del público, que los burlaba de mil maneras, dejándolos a la espera sin pagarles en pasadizos, casas de dos puertas, etcétera.

De los templos de Madrid dice que son más de pueblo que de Corte. San Felipe el Real, a quien ponderan tanto, «quizá porque nos tienen por indios», es chico, lleno de adornos de yeso y pintado de colores chillones. A quien ha visto los Inválidos y San Pablo de Londres, ninguno puede llamar la

⁴ Esta cifra parece un poco alta, pero no hay que olvidar que Madrid fue siempre ciudad de muchos coches. Cuando se hizo en 1637 un censo de ellos resultó haber unos novecientos (HUME: *La Corte de Felipe IV*, capítulo 7.º). En otro registro hecho en 1658 se encontraron 2.078 mulas, pertenecientes a 665 dueños. Es posible que algunos de éstos tuvieran más de un coche (A.H.N. Consejos, 7.168). Dos observadores extranjeros en el reinado de Carlos II también coinciden en el elevado número de coches: Cosme de Médicis escribió que habría 2.000 (*Viaje...*, pág. 117) y el embajador francés, marqués de Villars, aseguraba que era la ciudad europea que, a proporción, tenía más carruajes.

atención. Las imágenes son malas, pobres, e incluso las tan ponderadas de Atocha, Monserrat y los Remedios, «nada más son que en La Laguna la Concepción y los Remedios, y mucho menos serán si a lo material de los adornos miramos, porque Remedios y la Concepción visten de plata propia, y mucha, los altares y los tronos, y aquí son con salvillas y palanganas ajenas adornados los altares. Juro a diez y a doce que todo el cascarón de esta gran villa, sus exterioridades, sus chismes, sus ponderaciones y sus aparatos, que están oliendo a aldeón. ¡Quién creará esto! Pues así es. Vamos a misa a las Maravillas un domingo, a Santa Bárbara y a todas las iglesias de los arrabales y verás ni más ni menos lo que en la iglesia de San Juan en La Orotava y lo que en la del Amparo de Icod. Con estos dos pueblos se me parece Madrid» (pág. 32).

Sobre las ceremonias de la Semana Santa madrileña da (págs. 21-25) noticias que pueden ser aprovechables, teniendo siempre en cuenta lo extremo de su postura, como cuando asegura que de los monumentos que visitó el Jueves Santo «el más brillante era como el que arde menos en Icod». «Por la mañana causa dolor ver la soledad en los Oficios. Yo suelo ir a los Basilios, y envuelto en mi capa parda, como la de los arrieros en la calle de San Juan, paso en una esquina, entre santas memorias y pecadores suspiros, la mañana... Excede el (Jueves Santo) de La Laguna a éste en la hermosura de las calles, en lo llano, en la limpieza, en la riqueza de los templos, en la devoción de los fieles y más que todo en la majestad del día. Aquí no hay ninguna, y allí hay cuanta nuestra cortedad le puede dar.»

Las procesiones que vio iban «con más prisa que frailes convidados». Pasaban por los patios de Palacio para que las vieran sus majestades, y en cuanto acabaron de pasar «tomó cada señor mío las de Villadiego, dexaron las insignias a voluntad de los cargantes, que son siempre hombres de carga, así como entre nosotros se lleva la Cena en Garachico y en La Palma los gigantes». En los descansos, «tócanse todos los sombreros, siéntanse unos a fumar tabaco, y a pasearse como en una lonja, otros. Y si al tiempo de venir las procesiones por la calle viene de vuelta encontrada un coche, o dos, o dos docenas, rompen por medio como cochinos alborotados... Van dos o tres con sobrepellices, hábitos ningunos; pero a racimos o a manojos los hermanos de aquel paso o de aquella cofradía; todos como cualquiera hermandad de San Francisco: pelo propio, valona, mano de majar zumaque y pies de vendimiador. Las imágenes sin primor, sin costo alguno y sin aseo».

La lista de las procesiones que desfilaron es la siguiente:

MIÉRCOLES SANTO

Paso primero	Santa Elena	La llevan los cabreros.
▪ segundo	Ntro. Señor a la Columna	Lo llevan los porteros.
▪ tercero	Jesús Nazareno	Lo llevan los confiteros.
▪ cuarto... ..	La Vera Cruz	Lo llevan los apeadores de carbón.
▪ quinto... ..	Cristo Crucificado	Lo llevan los herreros.
▪ sexto	Nuestra Señora de la Soledad ...	Lo llevan los chapuceros.

JUEVES SANTO

Paso primero	Nuestro Señor en el Huerto	Lo llevan los hortelanos.
▪ segundo	Nuestro Señor en la Columna ...	Lo llevan los pasamaneros.
▪ tercero	El Ecce Homo	Lo llevan los empedradores.
▪ cuarto... ..	Jesús Nazareno	Lo llevan los vendedores de aceite y vinagre.
▪ quinto... ..	Nuestro Señor con la Cruz	Lo llevan los pañeros.
▪ sexto	El Santo Sepulcro	Lo llevan los barberos.
▪ séptimo	La Santa Cruz	Lo llevan los altareros.
▪ octavo... ..	Nuestra Señora del Traspaso ...	Lo llevan los sastres.
▪ noveno... ..	Otro Jesús Nazareno	Lo llevan los zurradores.
▪ décimo	Otro Jesús en la Cruz	Lo llevan los comediantes.
▪ undécimo... ..	La Vera Cruz	Lo llevan los cocheros.
▪ duodécimo ...	Otro Santo Sepulcro	Lo llevan los curtidores.

VIERNES SANTO

Paso primero	Jesús Nazareno	Lo llevan los traperos.
▪ segundo	Nuestro Señor en la Cruz	Lo llevan los pasteleros.
▪ tercero	Nuestra Señora del Traspaso ...	Lo llevan los carniceros.
▪ cuarto... ..	El entierro de Cristo	Lo llevan los carpinteros.
▪ quinto... ..	La Vera Cruz	Lo llevan los que venden fruta.
▪ sexto	El Santo Sepulcro	Lo llevan los que venden pescado.
▪ séptimo	Nuestra Señora de la Soledad ...	Lo llevan los sogueros.
▪ octavo... ..	El Santo Cristo de la Agonía ...	Lo llevan los zapateros.
▪ noveno... ..	El Descendimiento	Lo llevan los esparteros.
▪ décimo	Otro Santo Sepulcro... ..	Lo llevan los pintores.
▪ undécimo... ..	Nuestra Señora de los Dolores...	Lo llevan los alguaciles.
▪ duodécimo ...	La Santa Urna	Lo llevan los mozos de cordel.

Duraba aún en las iglesias madrileñas la antiquísima costumbre de hacer ofrendas de frutos y animales en ciertas ocasiones, y a propósito de esto dice: «No he visto una sola vez mandar quitar los carneros de las ofrendas, aunque más con sus balidos y necesidades la capilla mayor abatan y aboñiguen» (pág. 23).

De las monjas no tiene nada que decir; hacen vida recogida y devota, no salen al locutorio, sino tal vez a hablar con sus parientes, y eso a través de una espesa reja. A propósito de esto cuenta la historia de dos hermanas, monjas canarias de buena familia, acostumbradas al palique, que consiguieron se las trasladara a un convento madrileño, y al ver el recogimiento con que allí se vivía, se volvieron a las islas. Alaba en especial a las monjas de San Plácido, pero le es imposible abandonar el tono de zumba y chacota: «Calientan con la disciplina el frío de las asentaderas todas las noches una hora, y confiesan, no teniendo que, todos los días. Pero con excepción de las señoras de Santo Domingo el Real, que cantan a las diez mil maravillas, todas las demás o embocan lamentaciones con aire de seguidillas, o por las folias misereres» (pág. 25).

En cuanto a las comunidades de frailes, «son, sin adulación, buenos; son modestos en lo general, no andan por las calles solos ni andan muchos...» Ello no quita para algo después, refiriendo cómo los carmelitas descalzos convirtieron un cuadro del marqués de Pescara, del Tiziano, en un San Fernando, cambiándole el traje y los atributos, exclame: «Esta es Madrid, éstos son frailes» (pág. 31).

De los eclesiásticos seculares, en general, «no hay nada que murmurar». Se refiere a los que tienen un cargo y una ocupación estable. Lo malo es que había también «un enjambre de clerizontes que andan a la chusca, agarrando cuartos de misas y velas en los entierros». Esto es cierto, y está comprobado por otros muchos testimonios. Las repetidas disposiciones prohibiendo ordenar clérigos que no tuviesen asegurada una congrua sustentación, no habían podido evitar que hubiera muchos de esta clase, cuya forma de vida no era la más ejemplar. Y era lógico que la Corte atrajese a muchos. Uno de estos tipos nos pinta en la pág. 88. En Madrid tenían seguros tres reales de la misa, «y si pierden el temor a los azotes dicen dos y toman seis, ganan trescientos de la refacción* que en su vida vieron juntos, ni razón alguna tiene para recibirlos, prescindiendo de la poca conveniencia que se

* Refaccion era el nombre que se daba a la indemnización que las municipalidades entregaban a los eclesiásticos para compensarles de las sisas impuestas en las carnes, vinos y otros artículos de primera necesidad.

tiene para darlos, en cuyo punto hablo con cuantos meten la barba en el cáliz. Toman chocolate en una lonja, antes o después de celebrar, a cuentas de contar mentiras del volcán de Garachico; un racimo de uvas en la plaza por dar una lección a un niño; sopas en una portería, y si en la de San Francisco fuere, buen puchero; como de la misma suerte en la del Carmen, la Trinidad y otras muchas, que ordenando las marchas con disposición prudente, cada mes le tocaría una de las centinelas en cada una de estas porterías. Pillará una vela o dos en unas honras, en un entierro o en un cabo de año. Y después de bien comido y mal bebido (porque el agua es puerca y el vino agua) a costa ajena, toma el camino de su desván, y entre un mal colchón de esparto y su manteo duerme la siesta sin recelar que el vecino le despierte ni le desvele el vicario, andando más a gusto con capa de buriel y gorro blanco las comedias y estaciones, y sin pisar jamás el coro, gozar los privilegios de su estado...». No se puede negar vigor costumbrista a este aguafuerte de un cura de misa y olla.

En punto a distracciones y espectáculos no es más optimista la visión que nos ofrece el marqués de Villa San Andrés. Calcula que los días de fiesta concurrirían al Prado unos 250 coches, a más de muchos pobres y ramera. «Al otro paseo, que es el *Prado nuevo*, con unos álamos pigmeos y unas encinas pobres, que sigue el curso, algo apartado, a Manzanares, sólo se va en verano. Y aunque uno y otro se riega por las tardes, a pocas vueltas de las mulas, y a mucha porfía de las ruedas vuelve a ser celage de polvo en enfadoso mar de viento» (pág. 53).

Los alrededores de Madrid, áridos y pelados, no convidaban al esparcimiento. En relación con esto, nuestro autor refiere que Luisa Isabel de Borbón, recién casada con el infante don Felipe, salió a pasear por las afueras; dijo a su marido que si no había otro paraje mejor, prefería no salir de palacio, «y con efecto no ha vuelto a salir más» (pág. 46).

La diversión más frecuente para las personas de clase alta y media eran las reuniones o tertulias, que nuestro autor llama *asambleas*. En todas ellas, altas o bajas, se jugaba, se murmuraba, se bailaba y se bebía azúcar rosado, agua de nieve o chocolate. A las diez de la noche o más tarde, los que no tenían coche regresaban a sus casas alumbrándose con farolitos de papel. No parece que tuvieran categoría intelectual como los *salones* franceses, y no pocas se deshacían cuando se acababa la fortuna o desaparecía el empleo del que la había creado, cosa según parece hartamente frecuente entonces: «Entre muchos desengaños no hay ninguno más común que deshacerse como Teatro de Comedia en un abrir y cerrar de ojos las más de estas asambleas, pues

no tienen más sustancia que la que una pluma da o una agencia quita. Verás un cuarto por cincuenta doblones alquilado, con alfombras, tapices y sillas al quitar; una señora con su cruz de diamantes en una cinta negra al cuello; seis amigas ejusdem palotis manejadas, que pegando cabeza con cabeza unas murmuran de las otras; un page con una dragona que al compás de las caderas le va barriendo la espalda; una bandeja de plata en que se sacan los azucarillos; una mesa de juego con dos candeleros de plata y muchísimos mocitos de camisa almidonada y cabellera con polvos dando y recibiendo señorías, poniéndose de rodillas para hablar a las señoras⁷ y alzando con porfía los abanicos que caer dexa el cuidado. Esto es todo cuanto hay en el cuarto. Pero si al vaivén de un tabardillo o al huracán de un costado vino a tierra la agencia o fue la pluma a los aires, de repente, como bagel que naufraga, se deshizo el edificio; amanecerá con cédulas el cuarto, el tapicero descolgando sus tapices y la muy señora mía con una mantillina blanca y en enaguas de lamparilla en la más vecina iglesia oyendo misa» (pág. 62).

Sobre el teatro en Madrid, sus juicios no son más favorables. Piensa que les conviene el nombre de corrales, «pues como cabras los hombres envueltos en capotes pardos van en chupa y sin cabellera a ver las comedias... El patio está siempre lleno de aprendices y cocheros. Y siendo este género de gente los mantenedores, sólo para lisonjear a éstos hay elección de comedias». Las comediantas son viejas, feas y no saben su oficio. «Quiebran los versos, afectan demasiado, faltan mil veces al sentido». La escenografía y la tramoya eran pobrísimas. «Vi representar una comedia cuyo título es *La Magdalena de Roma*, en la cual nuestro Señor se introduce en casa de esta mujer, con la que danzó un minuete en hábito de galán, cenó con ella y se ofreció a dormir, para que ella previno cama con sábanas limpias; pero al tiempo de venir sale, como paso de comedia, con la cruz auestas. Le dijo un mal romance, que ella escuchó como latín, y luego se subió a la Gloria. ¿Y cómo piensas que subió Su Majestad? ¿En alguna nube o en los átomos del Sol? Pues no, señor. Visibles dos sogas, como quien sube agua de un pozo, baxaron y lo subieron a porfía de las manos. ¿Pudíeráse esto tolerar en Güimar? Pues así fue. Y para esta poética necedad y mal consentida indecencia se despoblaba Madrid, no cabían los hombres en el patio y en la Cazuela se arañaban las mujeres» (pág. 67). En cambio, alaba los entremeses, que encontraba muy propios y gustosos.

⁷ Todavía en esta época era costumbre que las mujeres no se sentaran en sillas, sino en alfombras o cojines.

«Opera italiana suele haber algún ibierno; no es mala para vista una sola vez... No saben solpha los más de ellos, y cantan de memoria. Sólo son cuatro operistas, y los instrumentos trece, cuando yo noventa he visto en París, la ópera siempre y los operistas treinta. No hacen juguetes, prespectivas ni espantosas mutaciones... Los papeles de hombre los representan mujeres, sin otras señales de hombre que un espadín, el sombrero y lo que cantan» (págs. 72-73).

Alusión al naciente favor de Farinelli en la Corte parecen encerrar las siguientes frases: «¿Qué hay aquí que razón sea? Yo se lo voy a decir: Un médico con señoría y con setenta mil ducados de renta; un músico con treinta mil y con más autoridad que la cruz de la parroquia, y con siete mil un violinista; de que se sigue ser más útil y de más estimación torcer las orejas a un violín que ser cathedrático de prima en Alcalá; ser capado que hombre de bigote al ojo, caudillo de cien mil hombres, conquistando imperios, y mejor, en fin, receptar ayudas y poner emplastos que ser arzobispo de Santiago» (pág. 82).

No le merecen más favor las corridas de toros, de las que habla en las págs. 190-194. Tal como entonces se practicaban, le parecían mojigangas ridículas.

Las iluminaciones públicas en determinadas festividades formaban parte de las diversiones gratuitas de que disfrutaban los vecinos de la Villa. Notables fueron las que se ofrecieron con motivo de la entrada de la reina en Nápoles. El embajador de este reino, «a más de haber incendiado todo el jardín de su casa con 900 hachas de cera cada noche de las tres de sus funciones, y de a cuatro libras cada hacha, puso en medias naranjas con aceite todo el incendio brillante de su patrio monte (alude a su título de príncipe de la Roca). Era una estrella cada hoja. ¡Hermosas pyras de luces! Pero el humor que destilaba de tanta exhalación de aceite echó a perder los vestidos de los que quedaban debajo de ellos sentados. Y porque iluminó la fachada de su casa con aceite en cazuelitas quedó con el sobrenombre de *Embaxador de las cazuelas*» (pág. 35).

Censura que las máscaras de Carnestolendas, «que de seis años a esta parte se celebraban» (o sea, desde 1735), hubiesen sido prohibidas. «¿Será política negar a las damas de Madrid una diversión que en todas las cortes y ciudades grandes de Europa se permite?» (pág. 40).

Sorprende que un hombre tan corrido y enemigo de la gazmoñería se escandalizase por los bailes que entonces se estilaban en Madrid. «Dánzase hoy con nombre de Brodechil, de Charmante, de Pazpie, etc., las mismas danzas de la idolatría. En unas se dan las manos, en otras se ponen las

manos encima de los dos hombros, en otras por los brazos se aprisionan como los monos por los rabos, dando vueltas... Carreras veo, saltos, brincos y ademanes tales que no creeré que Sempronia daba más ni tantos. Dánzase otra, entre otras muchas, en que puestos de rodillas alevemente remedan una devoción de capuchino, y a un lascivo, infame son de violines se estiran los brazos...» El fandango empezó a bailarse en los teatros; sus movimientos, que el autor califica de lascivos, eran acompañados de gritos y rebuznos de los mosqueteros. Desde tan humildes orígenes se había elevado hasta los estrados. Se hablaba mal de las costumbres del extranjero porque allí las mujeres salían solas con hombres, se besaban, etc., pero don Cristóbal encontraba que en España, bajo apariencias honestas y pudibundas, había más desenvoltura. Había que precaverse mucho de las mujeres y sus enredos. Dice que una vez que estuvo en la cárcel de Corte vio 27 hombres detenidos por denuncia de sus propias mujeres; de ellos, 17 estaban ya para salir condenados, y perjuraban que eran inocentes y que todo había sido obra de sus cónyuges, que habían repartido algunos pesos entre los curiales.

Reaparece aquí la eterna queja de la corrupción de las costumbres, a la que muchos atribuían una causa y una fecha precisa: la Guerra de Sucesión, que, como toda guerra, con sus trastornos y la presencia de tropas extranjeras, había alterado el antiguo orden de cosas. Sin escudriñar la causa, he aquí una curiosa tirada sobre los efectos: «A los españoles generalmente atribuyen la gravedad, el respeto a sus monarcas, el retiro, la modestia, el zelo, la honestidad y otros beneficios tales gracias a su clima. Estos caracteres se nos apropiaron cuando delante de sus soberanos ninguno alzaba los ojos; cuando en el Retiro estaba el rey oculto para que sus vasallos se asentaran, o de pie veían las comedias para que estuviera pública la majestad; cuando a ninguna señora se le veía la punta del zapato; cuando la mano solamente daban a quien era ya marido; cuando pocos hombres bebían vino... Mas ahora que no sólo el pie, sino mucho más allá, a merced de las contradanzas y a favor de los tontillos, ve el que tiene ojos; que la mano en los minuets y ambas manos coge, oprime y suelta el atrevido; que al tocador entra todo pisaverde; que el pariente o conocido, si viene forastero abraza y en las mejillas (ahí es nada) besa; que todas las deidades tragan vino; que delante del rey, en el Retiro, no sólo nos sentamos todos, sino que algunos refrescan y toman chocolate...»⁸, no cree que ya merezcan tan lisonjeros calificativos (pág. 100).

⁸ Para entender esta alusión hay que tener en cuenta que por el reciente incendio del Alcázar madrileño era el palacio del Retiro la morada habitual de los reyes, y en él

Como otra muestra del impudor reinante en las clases altas cita el hecho de que algunas señoras encopetadas llamen a los comadrones, «especie desconocida hace veinte años y que aún no ha salido de los muros de Madrid», y se dejen palpar y registrar por ellos antes de que haya ocasión ni peligro (pág. 183).

Como se ve, nuestro autor, a pesar de su cosmopolitismo, era bastante conservador en materia de costumbres. También lo era, y mucho, respecto al orden jerárquico de la sociedad. La plebe madrileña no le inspiraba más que desprecio. Por los criados de ambos sexos sentía profunda aversión, que justificaba con su mala conducta. Repetidas veces lamenta que por la general pobreza muchas mujeres tuvieran que contraer matrimonios desiguales, y que hombres de la ínfima plebe se elevasen a puestos que no les correspondían. «Por esta mistura miserable o natural confusión se ven aquí hijos de barberos, zurradores y sastres debaxo del dosel sentados y encima de terciopelo sus mujeres. Esto se hace aborrecible y escandaloso en Madrid, y no es lo más abominable en mi sentir, porque los oficios mecánicos o viles que escogen para vivir los hombres nobles en sus apreturas no dicen más que bajeza de ánimo, humilde criazón, pusilanimidad y mal entendimiento, y en saliendo de este escollo vuelve la hidalguía a descollarse, pues no debe ser delito mío el que fue delito de mi padre. Veo de esto infinitísimo aquí, y tú en otras partes verás, margenadas con las notas de haber vendido por las calles azafrán, de haber servido a molineros, de haber sido sacristanes, guardas en las aduanas, etc., a muchos de los primeros pobladores...» (pág. 63).

Gran parte de la culpa de que los indignos obtuviesen los honores dimanaba de la antigua práctica de venderlos, que aún duraba en el reinado de Felipe V. «Catorce títulos de Castilla, que el rey ha dado para que se beneficien en favor de algunas obras de piedad, están hoy en actual venta, y entre éstos, uno que los padres carmelitas dan a cuenta de madera para la fábrica de la iglesia» (pág. 64). «Hoy aquí, con poco afán y no con mucho dinero, se cuelgan hábitos de las ordenes militares al cuello de muchos hombres como milagros de cera en las paredes del santo que es de la moda, y

se daban, como ya se hacía en la época de los Austrias, funciones teatrales a las que, en ocasiones solemnes, se convidaba a todo el pueblo madrileño. Precisamente entonces, con motivo de la mencionada entrada en Nápoles de la reina, se habían dado tres funciones de ópera; a la primera fue invitada la Nobleza, a la segunda la Ciudad y a la tercera el pueblo. En la primera, «presente el rey, se pagaron los asientos y balcones, cuya bastarda economía, que jamás España vio, fue enmendada en la segunda y tercera, porque en la primera lo penetró S. M. y lo reprendió» (pág. 35).

se crían condes, marqueses y duques debaxo de una teja como golondrinas» (pág. 87).

Una de las causas de esta escandalosa elevación de las clases bajas la veía en la especulación sobre los artículos comestibles. Las tablas de carne eran propiedad de dueños que las arrendaban a los cortadores (carniceros) en trescientos o cuatrocientos ducados anuales. Toman éstos las vacas y carneros que desollados les dan a catorce cuartos libra en el matadero, y ellos sacan para el arriendo, el mozo que les ayuda, para gratificar a los alguaciles, a los regidores, para comprar a su mujer cruz de diamantes, llevar vestido con chupa de tisú y jugar cien doblones. «Sin que sea obstáculo que aquí por cuatro reales hagan racimo de uvas a un hombre⁹, porque no tiene uso esa pragmática sino con quien hurta poco» (pág. 124).

De las chacinas dice que estaban hechas con mil porquerías. La leche resultaba aguada porque daban a las cabras mucha sal para que bebieran copiosamente. «Tres calidades de leche se venden: una, en cántaros por las calles y vale a tres cuartos el cuartillo; otra, ordeñada en las puertas y vale a cuatro, y otra, fuera de los muros, de ovejas que no están saladas y vale a seis.» «Las aves muertas que por las calles se venden están comúnmente podridas, así como toda fruta podrida o verde, y es que, conducida desde muchas leguas, aunque la venta se detenga pocos días, siempre será inconseguible la cautela.» Por la misma razón, el pescado llegaba, por lo menos, molido de caminar ochenta leguas en canastas de nieve (pág. 128).

Los problemas derivados de la mendicidad, la mala vida y la picaresca en todas sus manifestaciones, tan agudamente analizadas por el profesor Viñas Mey¹⁰, seguía siendo grave en el Madrid dieciochesco. «Cinco (cortes) he visto yo, y en ninguna tal falta de fe, de verdad y de religión he visto; por lo que el séptimo y el sexto mandamientos no se conocen aquí. Por éste, en Antón Martín no caben de pie, y por aquél hay curioso que asegura que veinte mil pesos todos los días se hurtan en la plaza Mayor en los que van a comprar y en los que venden» (pág. 14). Refiere que un gallego, comprador de un marqués, escribía a su madre que había logrado uno de los mejores empleos de Madrid: comprador de un marqués (pensaba hacerse rico sisando).

⁹ Alude a las draconianas órdenes de 1734 y 1735 que penaban con la muerte cualquier hurto, aun leve, cometido en Madrid y cinco leguas en contorno (Novís. Recop., libro XII, título XIV).

¹⁰ *Notas sobre la estructura social-demográfica del Madrid de los Austrias* (Revista de la Universidad de Madrid, tomo IV, n.º 16, año 1955).

«Andan por el día un enxambre de embusteros con estampitas de santos o con imágenes de bulto pidiendo limosna por las casas; suben como por la suya propia, y si los encuentran dan a besar el santito, besan, si pueden, a las criadas, gorran sus cuartejos a lo menos; pero si no los encuentran, con lo que encuentran ellos se vuelven a baxar las escaleras. Por las noches es un horror. Salen a bandadas las mujeres; unas piden por caridad y la hacen; otras piden por costumbre; por chiste y por travesura otras. Estudiantes, clérigos, soldados, hombres de bien, baladrones que a capa de la limosna quitan si pueden las capas» (pág. 129).

«Por estas calles verás una cantidad de gentes cantando cantidades de rosarios; unos compuestos de muchachos sin zapatos; otros de unos hombres mal vestidos, y otros con dos frailes y un bajón porfiando. Pero todos pidiendo limosna...» Asegura que mejor le daría dinero al rey de Mequinez, porque no piden para la Virgen, sino para vino (pág. 175).

Se decía que había pobres que estropeaban a sus hijos para que obtuviesen más limosnas. El marqués niega que se diera esta monstruosidad. «Lo más que suele acontecer es irse a la inclusa, adonde suele haber trescientos niños, y alquilar dos de los más lisiados o enfermitos, fingiéndose padre y suponiéndose viudo arrancar así sus ochavitos.»

Verdad es que había muchos y buenos hospitales y casas de beneficencia, y que se hacían muchas limosnas. Sólo el convento de San Francisco daba 18.000 pesos al año. Pero las calles seguían inundadas de pobres. Del Hospital General suministra detalles poco edificantes. Según la *Guía de Madrid*, habían entrado en el año antecedente 14.126 personas y fallecieron 6.144. En el de Pasión entraron 5.502, de los que murieron 1.817. «Hanse pagado por el Thesorero de dichos hospitales para el preciso alimento y curación de los pobres 1.476.000 reales, y queda empeñado en 1.863.470 por la decadencia de sus rentas, multitud de enfermos y falta de limosnas. Ve notando desde aquí, para que por esta uña vayas viendo este gran gigante, que no sólo esta deuda había el hospital contraído matando de hambre y de miseria a los pobres, sino que también enajenó muchas raíces que componen grandes rentas, por lo que en alguna junta se propuso cerrar el hospital, porque faltaba ya con qué mantenerlo. A cuya proposición tyrana dio don Joseph del Campillo un golpe de los que a veces tenía buenos, y tendríalos más si tuviera libertad, que fue quitar el administrador y poner a don Balthasar de Henao, del Consejo de Castilla, quien en dos años que ha que cristianamente cuida los pobres y la casa ha quemado toda la ropa inficionada, puerca y desfildrapada que tenía, hála vestido de nuevo, ha añadido mil camas, ha

pagado esa gran deuda, ha puesto discretas ordenanzas, ha desterrado otras, y tiene juntos ya en caja 50.000 ducados con intención de quitar otra vez las propiedades tiránicamente vendidas...

«Añade a estas cuentas el hospicio, porque son las tuyas como las del Gran Capitán. Fundóse este hospital con 156.000 reales, para cuya administración tenía de salario un clérigo, que de capellán también servía, trescientos ducados, y paga hoy 147.000 reales a los guapos y valientes que se han ido por la puerta del desorden, entrando a comer de gorra lo que de los pobres es» (pág. 12).

La miseria imperante podía también inferirse de la concurrencia que se agolpaba en el Monte de Piedad. Desde muy temprano se formaban colas, y a las doce, hora de cierre, aún quedaban muchos por despachar.

Poco dice de los establecimientos de enseñanza, pero me parece oportuno reproducir las líneas que dedica al Seminario de Nobles, dirigido por los padres de la compañía. Era un colegio muy caro, trescientos pesos anuales, «con eso podrías pagar seis maestros particulares». Pero a las familias les ilusionaba tener un hijo en el Seminario, aunque el título de *nobles* fuera «como el de *comedia famosa*, que lo tienen todas... Doce mil pesos anuales sobre los estancos da el rey para manutención de este colegio, y seis reales de vellón cada colegial por día. Traen su divisa encarnada sobre casaca negra. Este gallardete incita a todo muchacho y a muchas madres la executoria de nobles. Pero estos paxaros enjaulados o borregos, que solamente el jueves salen, de un padre con una larga caña pastoreados, si les falta el alpiste más de un mes, saldrán de la jaula al mismo instante y a pacer irán al Prado sin pastor». Encuentra exagerado tanto gasto para cincuenta muchachos. «Puedes añadir que hasta ahora ni un solo colegial se cuenta que haya salido aprovechado a proporción del costo que tienen. Aprenden todo y no saben nada» (pág. 133).

¿Es que en Madrid no había nada elogiable? El autor confiesa que tenía tres cosas buenas: «La primera es una señora en silla de manos por las calles con seis silleteros, dos faroleros y un coche de cámara con sus criados mayores, que sin éstos componen doce libreas... Esta ostentación no se practica en otra Corte ni ciudad alguna de las que yo tengo vistas. La segunda es la Biblioteca Real. Y no porque de cinco salones se componga, y de 153 pasos cada salón, porque como ella, y puede ser que mayor, las he visto en otras partes, sino por lo singular de sus bibliotecarios, los que, en mesas que cogen todo el medio de los salones, están todo el día dando a los curiosos los libros que les piden para copiar de ellos, con papel y tinta

que hay siempre sobre las mesas. Esta liberalidad se quitó por un decreto justo del rey. Como, asimismo, el dar libros de comedias, porque a solamente leerlas entraban en la biblioteca pages, mozos de soldada, zapateros, sastres, etc.; tal pasión hay por las comedias aquí. Y el papel, porque muchísimos y muchísimas veces iban a escribir allí sus cartas.» La tercera cosa que alaba es el puente de Toledo.

Otras noticias y juicios podrían espigarse en esta obra, que no transcribo por no alargar más este artículo. Creo que basta con lo reseñado para apreciar su no escaso valor para el conocimiento de lo que era la Villa antes de las reformas de Carlos III.